

ESTOS DOLORES QUE NOS HACEN FUERTES

CATATUMBO
MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

Voces y memorias de mujeres del Catatumbo



NO ACEPTE SU VENTA
Distribución
gratuita
NO ACEPTE SU VENTA



Centro Nacional
de Memoria Histórica

ESTOS DOLORES QUE NOS
HACEN FUERTES



ESTOS DOLORES QUE NOS HACEN FUERTES
VOCES Y MEMORIAS DE MUJERES
CATATUMBERAS
Catatumbo: memorias de vida y dignidad

María Fernanda Pérez Trujillo
Coordinadora e investigadora

Jaime Landínez Aceros
Investigador y relator

José Rodríguez Vaca
Investigador regional

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Camila Medina Arbeláez
**Dirección para la Construcción
de la Memoria Histórica**

ESTOS DOLORES QUE NOS HACEN FUERTES
VOCES Y MEMORIAS DE MUJERES
CATATUMBERAS
Catatumbo: memorias de vida y dignidad

ISBN: 978-958-5500-31-0

Primera edición: noviembre de 2018

Número de páginas: 108

Formato: 18 x 23 cm

Líder Estrategia de Comunicaciones

Adriana Correa Mazuera

Coordinación editorial

Tatiana Peláez Acevedo

Diana Gamba Buitrago

Edición y corrección de estilo

Maria del Pilar Hernández Moreno

Ilustración, diseño y diagramación

Diana Castro Hernández

Impresión

Panamericana Formas e Impresos S.A.

© **Centro Nacional de Memoria Histórica**

Calle 35 No. 5 - 81

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá DC, Colombia

Impreso en Colombia. Printed in Colombia

Queda hecho el depósito legal

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), *Estos dolores que nos hacen fuertes. Voces y memorias de mujeres catatumberas. Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, Bogotá, CNMH.

Este documento es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Estos dolores que nos hacen fuertes : voces y memorias de mujeres catatumberas
Centro Nacional de Memoria Histórica [y otros] ilustración Diana Castro
Hernández. Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018.
108 páginas : mapas ; 23 cm. -- (Catatumbo: memorias de vida y dignidad)

ISBN : 978-958-5500-31-0

1. Mujeres víctimas del conflicto armado - Catatumbo (Región, Colombia) 2.
Violencia contra la mujer - Catatumbo (Región, Colombia) 3. Mujeres - Relatos
personales - Catatumbo (Región, Colombia) 4. Memoria colectiva - Catatumbo
(Región, Colombia) I. Castro Hernández, Diana, ilustradora II. Centro Nacional
de Memoria Histórica, autor III. Serie.
362.83 cd 21 ed.
A1613893

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

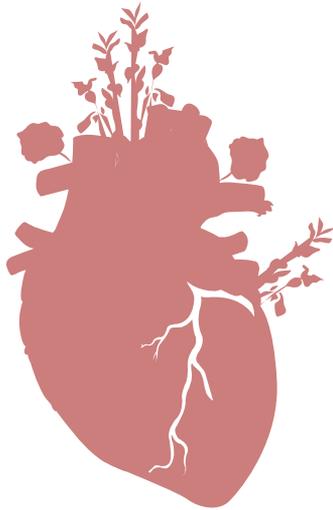
CATATUMBO
MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

ESTOS DOLORES QUE NOS HACEN FUERTES

Voces y memorias de mujeres catatumberas



Centro Nacional
de Memoria Histórica



Agradecemos a las mujeres del Catatumbo que, por medio de la palabra, la cercanía y la confianza, nos compartieron sus memorias de dolor, pero también de esperanza y dignidad.

Estos relatos son de ustedes y para ustedes,
para que nunca más se repita.



11

PRÓLOGO

Nancy Prada Prada

13

INTRODUCCIÓN

17

LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo

26

MAPA MUNICIPAL

29

LA HISTORIA DE LA CASA DE LAS PALOMAS

· La Gabarra, Tibú ·





67

MALES
CORPORALES,
DOLORES DE
CORAZÓN

· San Calixto ·



77

COMO UN
LAMENTO POR
DENTRO

· Catatumbo bajo ·

51

LOS DÍAS EN QUE
SER BONITA FUE
UN PELIGRO

· Las Mercedes, Sardinata ·



89

UN HILITO
INVISIBLE QUE
NOS CONECTA
A TODAS

La historia de nuestra
asociación de mujeres



PRÓLOGO

Nancy Prada Prada

Enfoque diferencial de género
Centro Nacional de Memoria Histórica

“Veo las noticias y sobre el Catatumbo se habla de los grupos armados, de la coca, de la frontera. Pero parece que no hubiera gente en este territorio”. Este es el reclamo airoso de una de las cuatro mujeres víctimas cuyas historias se reúnen en esta colección. Sus voces nos hablan de aquella parte de la memoria del país que resuena menos: lo que la guerra hizo en la vida de las personas, particularmente en la vida de las mujeres.

Como relatan sus memorias, en el Catatumbo las mujeres se han enfrentado al miedo, “qué digo miedo: el terror”, por cuenta del poderío armado. Allí, los paramilitares sacaron a las niñas de los salones de clase y las obligaron a convivir con ellos; incluso tomar un transporte era peligroso: a algunas las bajaron de los buses, ante la impotencia del resto, y las violaron grupalmente.



Así, la mayoría terminó recluida en sus casas, intentando afearse, porque “en ese entonces ser bonita era un peligro”, y pagando con encierro la suerte de no ser “seleccionadas”. Muchas otras huyeron durante largas horas por trochas en mal estado o por el río, con nada más que sus hijos en las manos. Y con todo lo duro que ha sido el conflicto armado, para las mujeres la guerra había comenzado antes: durante sus infancias cargadas de abusos. Los paramilitares, que al llegar “fue como si se hubieran ensañado contra nosotras”, dieron continuidad a la vez que exacerbaron la violencia machista preexistente.

Las historias de las catatumberas, además de que testimonian la existencia de una “guerra contra las mujeres”, guardan para la memoria, también, las formas como ellas han logrado sobrevivir y resistir a esa guerra: “Una noche soñé que tenía a los tres encapuchados en frente mío [y] de las raíces de los árboles salían muchísimas mujeres que hacían un círculo alrededor y no dejaban que esos hombres se me acercaran”. Ha sido juntas que las mujeres logran, poco a poco, sanar y romper el silencio, elevar su voz y su repudio contra lo ocurrido, con el ánimo de mostrarnos todas las caras de una historia que no puede repetirse. Ese también es su reclamo.



INTRODUCCIÓN

Estos dolores que nos hacen fuertes. Voces y memorias de mujeres del Catatumbo es un conjunto de relatos contados en primera persona acerca de la vida, dolores y resistencias de mujeres catatumberas, que busca honrar y dignificar las múltiples apuestas que ellas han tejido para vivir con dignidad en medio de la precariedad, la violencia y la zozobra¹.

Los relatos describen no solo las agresiones vividas por las mujeres en el marco del conflicto armado, sino también aquellas más cotidianas que se viven en los hogares, tantas veces invisibilizadas

¹ A menos que se indique lo contrario, los relatos fueron escritos en su totalidad por el equipo de investigación del proyecto. Cada uno entreteteje voces, narraciones y experiencias de diversas personas, de modo tal que no son relatos acabados en los que se traza la trayectoria de vida de una persona específica, aunque como opción metodológica se haya optado por presentar el hilo narrativo desde una voz individual. Se ha guardado la mayor fidelidad posible a lo que nos fue narrado, y a su forma de contarlo y comprenderlo.



y que facilitan, justifican y profundizan las violencias ejercidas por los actores armados. Estas narraciones también evidencian que, pese al contexto de violencia y dolor, las mujeres del Catatumbo han seguido adelante con sus vidas de manera digna, y se han convertido, en no pocos casos, en la fuerza que apalanca la reconstrucción de sus familias y comunidades.

Este es uno de los seis textos que conforman la serie de relatos del proyecto de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, cada uno de los cuales reconstruye las memorias de perfiles sociales para los que persisten silencios en torno a los impactos que el conflicto armado y otras formas de violencia les han legado: campesinos y campesinas; docentes; mujeres; niños, niñas y adolescentes; personas lesbianas, gays y trans; pueblo indígena Barí.

Catatumbo: memorias de vida y dignidad fue un proceso de reconstrucción de memoria histórica sobre el conflicto armado y las resistencias en esta región en la que recorrimos los municipios que la conforman², propiciamos espacios de diálogo con sus habitantes y recopilamos, por diversos medios, sus memorias en torno al conflicto armado, sus procesos organizativos y sus propuestas y demandas hacia el futuro.

² El Catatumbo es una región fronteriza con Venezuela ubicada en el departamento de Norte de Santander, conformada por los municipios de Tibú, El Tarra, Sardinata, Hocarí, San Calixto, La Playa de Belén, Ocaña, Teorama, Convención y El Carmen. Alberga los resguardos Motilón-Barí y Catalaura-La Gabarra, donde habita el pueblo indígena Barí. El proyecto de investigación, que se realizó entre 2016 y 2018, fue una iniciativa de la Diócesis de Tibú y la Pastoral de Víctimas, liderado por el Centro Nacional de Memoria Histórica, al que se sumó la Asociación de Autoridades Tradicionales del Pueblo Barí y que contó con el apoyo de la Mapp-OEA y GLZ-ProPaz. En el sitio en Internet del proyecto se recoge material audiovisual sobre la región, disponible en <http://centrodememoriahistorica.gov.co/catatumbo>



Los relatos de esta serie no buscan ser reconstrucciones exhaustivas de las dinámicas del conflicto armado que han tenido lugar en la región, ni pretenden construir una generalización sobre los hechos de violencia y resistencia que han vivido sus habitantes; del mismo modo, las formas de violencia que abordan no ocurrieron de manera similar o generalizada en toda la región. En cambio, su objetivo es dar a conocer y profundizar en una serie de temáticas y énfasis que, de manera significativa, emergió en los ejercicios individuales y colectivos de reconstrucción de memoria histórica³.

Puesto que los relatos han sido escritos a partir de los recuerdos y narraciones de las personas del Catatumbo en entrevistas e intervenciones en ejercicios colectivos, estos ofrecen una oportunidad para adentrarse en las voces, acentos, texturas, colores y sonidos del Catatumbo, desde una apuesta por dignificar las palabras, explicaciones y narrativas que sus habitantes han elaborado sobre su territorio, su vida cotidiana, el conflicto armado.

Estos dolores que nos hacen fuertes. Voces y memorias de mujeres del Catatumbo es una apuesta por la dignidad. Esperamos contribuir a que quien lea estos relatos pueda encontrarse con esta región del país, conocer un poco más de sus habitantes, sus historias y sus apuestas, para romper la indiferencia y echar abajo los estigmas que han recaído históricamente sobre el Catatumbo y su población.

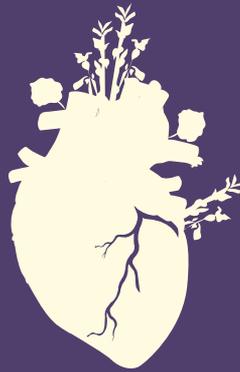
³ En la mayoría de relatos se omitieron o se cambiaron los nombres de personas y lugares, para preservar la privacidad y seguridad de sus protagonistas y por su solicitud expresa.



Nos impulsa la exigencia hecha por las y los catatumberos para que se comprenda que solo se puede romper el ciclo de violencias que se reproduce de manera preocupante en esta región si, como sociedad, reconocemos todo aquello que nos une al Catatumbo, y si nos disponemos, de manera respetuosa y comprometida, a escuchar y comprender sus voces, propuestas y demandas para así incidir en que las cosas cambien.



LÍNEA DE TIEMPO



LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.*



Se establece la Concesión Barco, por medio de la cual el Estado colombiano habilita la exploración y explotación de petróleo en territorio del pueblo indígena Barí (hoy municipios de Tibú y El Tarra).

La Concesión es cedida a las empresas Colpet (Colombian Petroleum Company) y Sagoc (South American Gulf Oil Company).



1905

1910

1931

Exterminio de gran parte de la población Barí a manos de agentes de seguridad de las empresas petroleras, trabajadores petroleros y colonos.

1960

1963



* No ofrece un recuento exhaustivo, dado que presenta algunos hitos significativos que facilitan la lectura de los relatos.

Surgen las primeras Juntas de Acción Comunal en la región.

1968

Creación de **Asocbarí**
Asociación Comunidad Motilón Barí de Colombia.

1978

Surge **Coomultar**
Cooperativa Multiactiva de El Tarra.



1979

31 de enero, 1979: primera toma guerrillera en el Catatumbo (municipio de Convención). Marca la entrada del ELN a la región.



Creación de **Coobarí**
Cooperativa Multiactiva Motilón Barí.

1982

1981

Creación del resguardo indígena Barí **Catalaura-La Gabarra.**





Para mediados de esta década, habitantes de Tibú y La Gabarra ubican las primeras acciones de las FARC en sus territorios.



Creación del resguardo indígena **Motilón Barí.**



1988

Emergen los primeros "escuadrones de la muerte".

Década 1980

6-11 junio de 1987:
Paro del Nororiente.



Entre mediados de la década de los ochenta y finales de los noventa, fortalecimiento del proceso cooperativo en la región (juntas de acción comunal, tiendas comunitarias y cooperativas).



LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.

A finales de esta década se registran los primeros cultivos de coca en el área rural de La Gabarra.

1992-1999: bonanza de la economía cocalera en La Gabarra y zonas aledañas.



1991

1 de marzo de 1991: desmovilización del EPL. Algunos frentes no lo hicieron, entre ellos el Libardo Mora Toro, que continuó operando en la región.

1992

1995

Grupos de autodefensa existentes en el Sur del Cesar desde finales de los años ochenta asumen el nombre Autodefensas Campesinas del Sur del Cesar y empiezan a hacer presencia en zonas del Catatumbo.

1996

13 de marzo de 1996: masacre a funcionarios del CTI perpetrada por el ELN y el EPL en Tibú.

1999

29 de mayo de 1999: entrada del Bloque Catatumbo de las AUC a Tibú.

Masacre en Socuavó y Carboneras, en la vía que conecta a Tibú con el casco urbano de La Gabarra.

2000

16 de febrero del 2000: masacre en El Tarra perpetrada por el Bloque Catatumbo.

17 de julio de 1999: masacre en la cabecera municipal de Tibú perpetrada por el Bloque Catatumbo.

21 de agosto de 1999: masacre en La Gabarra perpetrada por el Bloque Catatumbo.

6 de abril del 2000: masacre en la cabecera municipal de Tibú perpetrada por el Bloque Catatumbo.



LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.

Inicia la política de fumigación aérea de cultivos de coca con glifosato.



15 de junio de 2004: masacre de 34 raspachines perpetrada por las FARC en zona rural de La Gabarra.



2004

2002

25 de abril de 2002: masacre en el Cerro de las Flores en Teorama perpetrada por el Frente Héctor Julio Peinado del Bloque Norte de las AUC.

10 de diciembre de 2004: desmovilización del Bloque Catatumbo en la finca Brisas del Sardinata del corregimiento Campo Dos (Tibú).

Diciembre 2004: surge **Cisca** Comité de Integración Social del Catatumbo.



25 de marzo de 2005:
masacre en Guamalito
(El Carmen) perpetrada
por el Frente Héctor
Julio Peinado del Bloque
Norte de las AUC.

2005



Surge
Ascamcat
Asociación
Campesina del
Catatumbo.

2005-2006:
incremento del pie de
fuerza del Ejército y la
Policía en los municipios
de la región.

4 de marzo
de 2006:
desmovilización del
Frente Héctor Julio
Peinado, que hacía
presencia en Ocaña y
en municipios del alto
Catatumbo y sur del
Cesar.

2006



Se registra el
accionar del grupo
posdesmovilización
Águilas Negras, al
que le seguirían Los
Rastrojos, Los Paisas, Los
Urabeños o Clan del
Golfo, particularmente
en Cúcuta, Tibú y
Ocaña.



2008

2006-2008:
incremento en
la comisión
de ejecuciones
extrajudiciales a
manos de miembros
de la fuerza pública.



LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.

Se interrumpe la fumigación aérea con glifosato de cultivos de coca en el Catatumbo.



2010

Surge **Asopbarí**
Asociación Pueblo Barí de Colombia.

Paro campesino del Catatumbo liderado por Ascamcat. Entre otros, se demanda la constitución de una Zona de Reserva Campesina en la región y una política de sustitución de cultivos de coca integral y concertada.

Paro agrario en el que confluyen las organizaciones sociales del Catatumbo.

2011

Se promulga la Ley 1448, conocida como Ley de víctimas y restitución de tierras.

2012

Inicia proceso de negociación entre el Gobierno colombiano y las FARC.

2013

Surge **Ñatubaiyibari**
Asociación de Autoridades Tradicionales del Pueblo Barí.

2014

MAPA MUNICIPAL

Convenciones

- Cabecera municipal
- Resguardo Motilón Barí
- Resguardo Catalaura-La Gabarra



CATATUMBO





Venezuela

RESGUARDOS BARÍ

Rio Catatumbo

La Gabarra

TIBÚ

EL Aserrió

EL TARRA

EL CARMEN

CONVENCION

La Quina

SAN CALIXTO

OCAÑA

TEORAMA

HACARÍ

OCAÑA

LA PLAYA

Las Mercedes

Rio Abgacional

ABREGO

GARDINATA

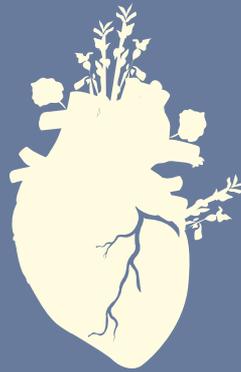
Rio frio

Rio Oroque

Cúcuta



La historia de
LA CASA DE
LAS
PALOMAS



LA HISTORIA DE LA CASA DE LAS PALOMAS

Estela · La Gabarra, Tibú

Mi mamá me cuenta que lo que más le dolió fue haber dejado su casa en el municipio de Bucarasica y venirse a estas tierras en busca de otra vida. Yo nunca le entendía muy bien a qué se refería, y por eso le pedía una y otra vez que me contara qué era lo que había en esa casa que hacía que ella la extrañara tanto. “Pues la casa, extraño mi casa”. Pero mamá, ¿qué cosa de la casa es la que extraña usted tanto? ¿Las paredes?

Llegamos al corregimiento de La Gabarra en el año 1979, cuando yo recién había nacido. El camino desde Bucarasica, me contaba Marcela, mi hermana mayor, había sido un desastre: ella recordaba que habíamos durado como ocho días en el viaje. Imagínese, las carreteras estaban en muy mal estado y ni que decir de la que conectaba a Tibú con La Gabarra. Mi papá, al que todo el mundo conoció como don Julio, siempre hablaba de ese viaje: “Semejante travesía la que nos pegamos, óigame. Cuando íbamos llegando a Tibú yo casito me devuelvo”, decía.



Debió ser duro, pero me imagino que yo dormí todo el camino. Les motivaba la idea de una vida mejor para ellos, para mis hermanos y para mí, que en total somos diez hijos, de los cuales yo soy la menor.

En esa época se rumoraba que en La Gabarra había mucho trabajo, que había abundancia de comida, agua y tierra para cultivar, y que lo que usted sembraba, seguro le nacía. Por eso mis papás abandonaron la vida en su pueblo y se internaron en el bajo Catatumbo, algo que, para esa época, a finales de los años setenta, era visto como si uno se fuera a hacer vida en la selva.

Fue mi mamá, Imelda, la que le insistió a doña Ester, la vecina, que nos regalara un par de palomas. Bueno, una paloma hembra y un palomo macho. Me acuerdo que yo iba pegada a ella, casi escondida entre sus piernas, y con cuidadito le señalé cuáles eran las dos palomas que yo quería que nos lleváramos para la casa. “Mija, pero esos dos son machos”, dijo la doña. Mamá se rio durísimo, me acuerdo, como tratando de disimular la vergüenza que le daba pedir regalado. “Pues entonces escójalos usted, mamá”, le dije yo. Y así lo hizo: el macho, Pompo, era blanquito y gordito; la hembra, Nieve, era también blanca, pero con retacitos grises en la cabeza y en las alas. Los nombres se los puse yo, claro.

No hubo que esperar mucho para que tuviéramos la casa llena de palomas. Al principio veía a mamá muy emocionada, y hasta las contaba todas las noches para ver cómo iba creciendo la familia que Pompo y Nieve habían inaugurado. Pero poco a





“Pues entonces escójalos usted, mamá”, le dije yo. Y así lo hizo: el macho, Pompo, era blanquito y gordito; la hembra, Nieve, era también blanca, pero con retacitos grises en la cabeza y en las alas. Los nombres se los puse yo, claro.



poco se le fue pasando la emoción, digo yo. Una tarde corrí a decirle que no encontraba a Pompo por ningún lado, que me ayudara a buscarlo; pero ella me volteó a mirar y me dijo que ya había muchas palomas en la casa, que mejor dejara así. A Pompo nunca más lo volví a ver desde ese día. Yo hoy pienso que se fue buscando un mejor lugar para vivir, un hogar donde sí pudiera estar tranquilo, porque el nuestro se iba desmoronando conforme pasaban los días.

Habíamos llegado a vivir a una finca en la vereda La Colombiana, que quedaba bastante retirada del pueblito de La Gabarra. Ahí empezamos a cultivar la tierra, a trabajar lo que tiene que ver con el plátano, la yuca, la patilla, la auyama. Y se daba muchísimo, era demasiada la abundancia en esa tierra. Uno miraba mucho monte, selva, pues no había casi nada construido en la zona rural. Había también muchísima agua por todo lado: nacientes, quebradas, pozos, ríos, caños, y todo era cristalino, ¡muy mágico todo eso! Yo me quedaba impactada porque yo venía de una parte donde no había visto nada, hasta ahora estaba abriendo los ojos.

Mi papá sacaba a vender plátano y otros productos agrícolas que cultivábamos en la finca. En ese entonces se perdía mucho el plátano pequeño, al que le decimos bocadillo por acá en la región, así como la yuca, esa que llaman viruta. Me acuerdo que regalábamos cargas de comida, llegaba la gente y llevaba por bultos, porque era muchísima la abundancia. Y para entonces no se veía mucho eso de ir a comprar al pueblo, a veces ni siquiera la carne, porque mi papá y mis



hermanos iban y cazaban animal de monte o pescaban unos bocachicos grandotes¹.

Mamá y papá siempre estaban trabajando. Mi mamá se la pasaba cocinando para ese montón de muchachos, mis hermanos y yo, y para los obreros que estuvieran trabajando en la finca, dependiendo de la cosecha. Yo tuve que inventarme la vida desde muy pequeña. Como éramos tantos, cada uno de nosotros se fue buscando la manera de vivir la vida que le tocó.

Y así fue como yo me convertí en la mejor amiga de las palomas. ¡Qué afortunada fui de tenerlas esos años! Me pasaba los días dándoles de comer, viéndolas ir de un lado al otro, inventándome las conversaciones que unas tendrían con las otras, tratando de interpretar sus aleteos como un mensaje que querían enviarme.

Pero dos tristezas me invadieron el corazón en esos años. La primera fue cuando mi hermana Marcela se fue de la casa. Ella era la mayor, yo la quería mucho y en ese momento no entendí por qué se iba. Pregunté y mi mamá me dijo que ella ya estaba en edad de tener esposo, que así tenía que hacerse. Ella tenía 16 años. Yo digo que en ese entonces las mujeres parecían vacas para parir. Llegó un hombre a la finca y le dijo a mi papá que se quería llevar a Marcela porque ella ya estaba grande y él le podía dar de comer y la podía mantener. Mi papá dijo que no había problema ninguno, siempre y cuando la dejara volver de vez en cuando a la casa a visitar a los

¹ Véase el capítulo *Somos de tierra, madera y agua* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar en las concepciones de habitantes de la región en torno a su territorio durante este periodo.





Pregunté y mi mamá me dijo que ella ya estaba en edad de tener esposo, que así tenía que hacerse. Ella tenía 16 años. Yo digo que en ese entonces las mujeres parecían vacas para parir. Llegó un hombre a la finca y le dijo a mi papá que se quería llevar a Marcela porque ella ya estaba grande y él le podía dar de comer y la podía mantener.

hermanos y a la mamá. Marcela se fue y yo no la volví a ver sino después de un tiempo, cuando nos visitó para dejarnos ver a un bebé gordito, que había tenido hacía meses.

La otra tristeza, más dolorosa y que todavía me acompaña, como una herencia que esa casa me dejó... esa sí es más dura de contar. Yo tenía seis años. Había ido a revisar si Nieve estaba cuidando a los palomitos que recién habían nacido, cuando sentí que Alirio, uno de los obreros que mi papá contrataba para que le ayudara en la cosecha, ponía sus manos pesadas sobre mis hombros y las bajaba suavemente hasta mi cadera. Recuerdo su peso, recuerdo que estaban muy calientes, parecían agua hirviendo.

Lo primero que yo pensé es que me iba a asustar, que me iba a hacer una broma de esas que mis hermanos mayores nos



hacían a los menores. Pero al poco tiempo yo me di cuenta que esa iba a ser la marca de su dominio sobre mí, de esa injusta guerra que él mismo había iniciado, del abuso sexual que desde ese día me imprimió en el cuerpo y en el corazón.

Aquella vez todo se me volvió oscuro, perdí de vista a las palomas y se me metió un pitido en los oídos que me impidió escuchar, y que en esos años me despertaba algunas noches. Ahora no recuerdo cuántas veces pasó o cómo ocurría, pero sí estoy segura de que pasó muchas veces y por varios años cuando vivíamos en la finca.

Él me decía que no dijera nada, que anduviera calladita, que ese era un secreto entre él y yo. Yo me llené de culpa. Me sentaba en la cama, a escondidas, sin que ninguno de mis hermanos me viera, y me preguntaba por qué pasaba eso. No encontraba respuestas y entonces me echaba culpas repitiéndome que eso era malo, muy malo, y que tal vez era yo la que había hecho algo que había provocado que Alirio abusara de mí. Me consumí en el silencio y nunca me atreví a contárselo, ni siquiera a insinuárselo a mi mamá. Alirio siempre me decía lo mismo: que no, que eso no era malo, que me tranquilizara, que nadie se iba a enterar nunca. Pero yo cargo eso, y siempre lo haré, como una cicatriz en el cuerpo y en el alma.

Con decirle que yo bregué muchísimo para convivir luego con mi pareja por ese problema que tuve con ese señor.

Pero Alirio no era el único que abusaba de niñas que estuvieran cerca de él. Con los años supe que a Margarita, la de la tienda,



le pasó con un primo; a Leticia, la hija de doña Carmela, con un tío; y a mi propia hermana, Sofía, con otro obrero de la finca. Yo lloraba por las noches en mi cama, calladita, sin poder hacer ningún ruido, tragándome las lágrimas y rogando para que nadie, en especial, mi mamá, se diera cuenta. Ella no me hubiera hecho caso. En ese tiempo uno no podía contarles esas cosas a la mamá, a los mayores. No había como esa confianza que de pronto hay hoy en día, no había tiempo ni lugar para una conversación de ese tipo, para un abrazo, ni mucho menos para denunciar o poner alguna queja.

Lo que me salvó, porque yo creo que eso fue una salvación, fue una decisión que mi propio papá, don Julio, tomó. Una decisión egoísta, como tantas otras que hizo en su vida. Una noche, por ahí en 1987, cuando yo tenía unos 8 años, llegó borracho a la casa gritando que había vendido la finca. "Trescientos mil pesos me van a dar", repetía, mientras mi mamá lo encaraba y le decía que dónde estaba la plata. Pero él no le daba respuesta, únicamente decía que había vendido la finca, y otra vez lo de los trescientos mil pesos... y fue así como a los dos días llegaron los nuevos dueños de la finca a sacarnos, a que desocupáramos, porque eso ya era de ellos.

Mi pobre mamá no se lo podía creer. Se quedó como petrificada unos minutos y solo balbuceó unas palabras cuando me mandó a que llamara a mis hermanos y a mis hermanas rapidito para que recogieran y alistaran la poquita ropa que cada uno tenía en ese momento.



Pero Alirio no era el único que abusaba de niñas que estuvieran cerca de él. Con los años supe que a Margarita, la de la tienda, le pasó con un primo; a Leticia, la hija de doña Carmela, con un tío; y a mi propia hermana, Sofía, con otro obrero de la finca.

Ella corrió al solar de la casa y echó en costales las gallinas y unas yucas que había por ahí del día anterior, y se fue a venderles a los vecinos, para tener alguito con qué sobrevivir los días siguientes. Como si ellos no tuvieran suficiente yuca y bastantes gallinas... pero la gente fue muy generosa con nosotros esa vez, y no solo le pagaron las gallinas a mi mamá, sino que le regalaron unos plátanos y otras verduras para que lleváramos. Imagínese, ¡es que éramos diez hijos!

Y las palomas. Para ese entonces teníamos como 50, yo creo, y a mí me gustaba muchísimo jugar con ellas. Yo las tenía sueltas y ellas iban y volvían a la casa todos los días. Pero cuando la nueva dueña de la casa vio que eran tantas, dijo que lo mejor que podía hacer era matarlas para comérselas. Entonces yo me fui detrás de ellas y les hice señas de que se fueran, que volaran; las espanté, pero no se iban, no me querían dejar. Yo le pedí a mi mamá que nos las lleváramos, pero



ella me miró con mucha rabia y me dijo que no quería ver ni un solo animal de esos en su vida. Al final de la tarde, cuando tuvimos que salir todos de la casa, escuché a los nuevos dueños planeando qué iban a hacer con las palomas. Qué historia tan triste... cerré los ojos y me agarré duro de la mano de mi mamá, hasta que dejé de oír el revoloteo de mis amigas. Las únicas que había tenido hasta entonces.

Así fue como en 1987 nos fuimos a vivir al pueblo, a La Gabarra, y allá paró el abuso sexual. Como consecuencia de la venta de la finca, mi mamá se separó de mi papá, aunque él llegaba borracho a la casa a buscarnos. Ya en el pueblo invadimos un lote, porque eso sí lo que había era lotes libres, por eso no se afanaba uno en ese momento. Pero entonces no había esa abundancia de comida. Nosotros que estábamos enseñados a ir a cortar un racimo de plátano, conseguir el pescado o la carne de monte en la cacería que hacían mis hermanos... ya en el pueblo nada de eso se conseguía.

Me acuerdo mucho de la vida de nosotros en ese barrio al que llegamos a vivir. Éramos muchos los niños y las niñas que estábamos por ahí en las calles, corriendo, jugando, haciendo piruetas, mientras la mamá y el papá salían a trabajar al campo o se dedicaban a los oficios del hogar. Mi mamá se achacó muchísimo en poco tiempo: le dio muy duro abandonar la finca, su casa, y toda esa experiencia de ver cómo se desintegraba el hogar parece que la envejeció, que la dejó como muy cansada. Por eso mis hermanos y yo casi no parábamos en la casa, como para no darle dolores de cabeza, y algunos de ellos



salieron y armaron sus propios hogares ahí en La Gabarra y en otros pueblos cercanos.

Fue allá donde pude escaparme no solo de los abusos de Alirio, sino de unas situaciones muy duras de pobreza, silencio y encierro que vivíamos en la finca. Cuando mi mamá me contaba la travesía de dejarlo todo en su pueblo, Bucarasica, para hacer una vida nueva en el Catatumbo, en esa región que para entonces era una tierra tan lejana, donde las casas no tenían ni servicio de agua potable ni luz, me imaginaba haciendo lo mismo: abriendo caminos, yéndome en busca de las cosas que me hicieran feliz, persiguiendo los sueños, permitiéndome soñar.

Por momentos perdí la esperanza. Pensé que toda la vida iba a estar encerrada en la casa, viendo cómo mis hermanos mayores, los varones, se iban a la escuela a aprender a sumar, a leer, a hacer cuentas y a entender un poquito el mundo que los rodeaba, mientras a mí me preparaban para parir y criar los hijos, estar pendiente del aseo de los pasillos y las habitaciones, cocinar y soportar en silencio los abusos que sucedían en mi propia casa, ahí, frente a mi propia familia.

Yo ya estaba despierta todas las madrugadas cuando a Ezequiel, Ramiro, Rafael y Pedro, mis hermanos mayores, les tocaba levantarse para ir a la escuela, cuando vivíamos en la finca. Pensaba que mi mamá se iba a dar cuenta de que yo tenía mucho interés en ir a la escuela y entonces le pediría a uno de ellos que le preguntara a la señorita Rosa, la profesora de la escuela rural, si podía recibirme para que me enseñara a leer.



Por momentos perdí la esperanza. Pensé que toda la vida iba a estar encerrada en la casa, viendo cómo mis hermanos mayores, los varones, se iban a la escuela a aprender a sumar, a leer, a hacer cuentas y a entender un poquito el mundo que los rodeaba, mientras a mí me preparaban para parir y criar los hijos, estar pendiente del aseo de los pasillos y las habitaciones, cocinar y soportar en silencio los abusos que sucedían en mi propia casa, ahí, frente a mi propia familia.

Yo ya sabía qué iba a decirle a la profesora la primera vez que me la encontrara: buenos días, señorita Rosa. Me llamo Estelita González, y aunque todavía estoy pequeña, soy muy juiciosa y ya me sé de memoria la tabla del 3. Si quiere pregúntemela y verá. Pero eso nunca pasó. Mis hermanos más pequeños salían de la casa a eso de las cinco de la mañana con las botas de caucho puestas para caminar las dos horas que duraba el trayecto hasta la escuela, entre trochas y quebradas. Yo me quedaba en la casa con mis hermanas y ayudaba a mamá con el desayuno de mis otros hermanos, a los que les gustaba era trabajar y no iban a la escuela, de mi papá y de los obreros, incluido Alirio.

Pero a mí me gustaba mucho leer, y cuando mis hermanos se sentaban a hacer las tareas, o dejaban un cuaderno encima



de la mesa del comedor, yo me acercaba calladita y les ponía cuidado. Tanto, que me aprendía de memoria las páginas y cuando no había nadie por ahí, agarraba el cuaderno y, orgullosa, pretendía que sabía leer.

Por eso cuando ya nos fuimos a vivir al pueblo, a La Gabarra, ocurrió que una mañana me puse el uniforme de escuela de uno de mis hermanos, me lo acomodé como pude, agarré uno de sus cuadernos viejos y me fui a la escuelita, la que todavía queda enfrente del cementerio. ¡Imagínese, una niña con un pantalón y que le quedaba grandísimo!

Me metí al primer salón que vi y me hice en los pupitres de atrás, para no llamar mucho la atención. Pero al tercer día el profesor ya se había desesperado: les preguntaba cualquier cosa a los estudiantes y yo levantaba la mano para que me preguntara a mí. Y él que me preguntaba cualquier cosa, cuando yo ya le botaba la respuesta. Porque a mí me gustaba mucho el estudio, y he sido siempre muy buena para los números, me aprendí rapidísimo las tablas de sumar, las de restar, las de multiplicar. Entonces él le pidió al rector de la escuela que me hicieran un examen porque yo estaba avanzada para el curso en el que estaba, que resultó ser segundo de primaria. Entonces me pasaron a grado tercero y fue así como empecé a estudiar la primaria y, aunque en algunos años no me matriculé, logré hacer medio bachillerato.

Lo mejor que me pudo pasar en la vida fue aprender a leer y a escribir, a sumar y a hacer cuentas. Y como vivíamos con





Me metí al primer salón que vi y me hice en los pupitres de atrás, para no llamar mucho la atención. Pero al tercer día el profesor ya se había desesperado: les preguntaba cualquier cosa a los estudiantes y yo levantaba la mano para que me preguntara a mí. Y él que me preguntaba cualquier cosa, cuando yo ya le botaba la respuesta.



tantas necesidades en mi casa, lo que yo hice fue turnar mis clases en la escuela con trabajitos que me pagaban poquito y me daban de comer, como esa vez que le ayudé en la cocina a la señora Leticia, la dueña de un restaurante que había entonces en La Gabarra.

Yo fregaba los platos y ahí me hacía unos pesitos para comprarme cualquier cosa de comer durante los recreos, e incluso darle unas moneditas a mi mamá. Mis hermanos mayores, en cambio, ya estaban trabajando y ganando buen dinero desde hacía un buen rato. Porque me acuerdo tanto que, en algún momento, cuando ya vivíamos en el pueblo, por ahí a finales de los ochenta e inicios de los noventa, llegó a La Gabarra la dichosa mata de la coca, que decían que nos iba a sacar a todos de pobres y no sé qué más cuentos. Yo no sé si eso pasaría, pero lo que sí ocurrió fue que eso trajo más violencia a la región, y ni qué decir de lo que pasó en el campo².

Yo alcancé a estudiar varios años ahí en el pueblo, pero mis sueños de ser una profesional se acabaron en el año 1999, cuando me tocó interrumpir mis estudios, pensaba yo en ese momento que para siempre, a causa de la violencia tan brava que trajeron los paramilitares.

Desde que llegaron ese año al pueblo, los paramilitares del Bloque Catatumbo empezaron a llevarse a las estudiantes del colegio, especialmente a las de los grados décimo y once.

² Véase el capítulo *El pasado y el presente de la coca del informe Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar en torno a las dinámicas del cultivo de la coca en la región.



Las sacaban a la fuerza, las agarraban del pelo y las llevaban arrastradas por todo el salón y ningún profesor se podía meter, nadie podía hacer nada ni gritar ni llorar ni nada. La persona que hiciera eso ya tenía clarito que la mataban³.

Eso parecía que estuvieran haciendo una subasta: entraban y escogían a las muchachas que más les gustaran, y listo. Se las llevaban para violarlas, para que convivieran con ellos a la fuerza, para que les hicieran los oficios de la casa, porque que más querrían esos hombres.

Me acuerdo que ellas nunca volvían al colegio. Una se quedaba pendiente en los recreos a ver si las veía regresar, pero yo nunca vi que ninguna de esas muchachas volviera. A la que se llevaban, nunca regresaba a las clases. Bueno, aunque a algunas nos tocó verlas luego conviviendo con los paramilitares, en las casas que se tomaron en La Gabarra, en el pueblo. Imagínese ese sufrimiento, ese terror que tuvieron que vivir ellas, las que unos días antes habían sido mis compinches en los juegos.

Entonces bastantes muchachas dejamos de ir al colegio, nos llenamos de pavor. Una ya no estaba tranquila, ni siquiera en la propia casa, porque estando ahí yo sentía que también ponía en riesgo a la familia, a mi mamá, a mis otras hermanas. Y como los paracos tenían ojos en todas partes, entonces sabían qué hacía uno, adónde iba, dónde estaba. Esa fue la razón por la que a mí me tocó salir corriendo del pueblo.

³ Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar en la región.



Eso parecía que estuvieran haciendo una subasta: entraban y escogían a las muchachas que más les gustaran, y listo. Se las llevaban para violarlas, para que convivieran con ellos a la fuerza, para que les hicieran los oficios de la casa, porque qué más querrían esos hombres.

Y tuve que hacerlo siguiendo el mismo camino que tanta otra gente ya había tomado y que muchos continuarían tomando: salir corriendo por el río Catatumbo, que cruza ahí por todo el pueblo, y que lo saca a uno hacia Venezuela. Veíamos eso como una posibilidad de estar a salvo, de salir de semejante situación tan dura que estábamos viviendo y poder escaparnos de los paramilitares, que poco a poco estaban metiéndose a todos los pueblos y veredas del Catatumbo.

Yo estaba ya muy aterrorizada por todo lo que estaba pasando. Por eso fue que una madrugada a principios del año 2000, cuando yo tenía unos 20 años, me aventuré, bajé al río, caminé por la orilla un ratito y vi que iba pasando una familia montada en una balsa, como una canoa pero hecha con palos de balsa, amarrados con unas cuerdas, que les permitía flotar. Entonces me llené de valor y ¡decidí huir de La Gabarra!



Les hice señas a los que iban ahí para que me dejaran subir y poder cruzar con ellos hacia el lado venezolano. Yo iba en busca de una mejor vida, estaba cansada de tanta violencia afuera y adentro de mi propio hogar. Veía el cruce de la frontera como un nuevo comienzo, como aquella vez que mi mamá lo dejó todo en su pueblo natal y se internó en el Catatumbo.

El río nos llevó hasta que cruzamos la frontera. Ya en Venezuela vimos a la orilla del río una base militar de la que salieron unos soldados a pedirnos nuestros documentos de identidad. A mí uno de ellos me dijo que le mostrara mis papeles, pero yo le respondí que no tenía, que lo que pasaba era que yo iba a visitar a mi mamá que se había puesto muy enferma en un hospital ahí en el Estado Zulia y que había salido a las carreras con lo que tenía puesto para alcanzar a verla.

Después de un rato me dejaron ir, y ahí me tocó buscar a que algún conductor de bus me llevara hacia el sur, hasta Orope, gratis, porque yo no tenía ni un peso. Cuando llegué a ese punto caminé un rato y luego me volví a meter a territorio colombiano, y así llegué a Puerto Santander, un pueblo que está como a una hora de Cúcuta en carro. Y por el camino, ya fuera por carretera o por el río, uno lo que veía era gente de La Gabarra y de Tibú saliéndose del pueblo, escapando, porque era que la violencia era muy brava. Claro, mi familia no sabía nada de eso, no tenían idea de que yo había hecho semejante travesía, porque yo me les volé.



Estando ahí en Puerto Santander decidí irme a Pamplona, una zona fría y que quedaba bastante lejos de mi familia y de mi casa, pero era que yo no tenía muchas opciones. Allá en ese momento no había tanta violencia y se comentaba que uno podía encontrar trabajo fácilmente. Tuvieron que pasar como seis meses para que ya yo le avisara a mi mamá que estaba viva, porque es que yo pensaba que si le contaba dónde estaba, iba a ser peor para ella, o sea, que los paramilitares iban a interrogarla y se iban a dar cuenta de que ella estaba diciéndoles mentiras.

Ahí en Pamplona fue donde conocí a un muchacho que se la pasaba a la pata mía⁴, que me pretendía. Yo en semejante situación que estaba, me tocó tomar la decisión de organizarme con él porque qué más podía hacer en ese momento. Y así fue como terminé quedándome allá unos seis años, desde el 2000, que fue cuando me volé de La Gabarra, esos que fueron los más duros y los que más han desangrado esta región del Catatumbo.

Allá organicé mi hogar y tuve mis tres hijos, que han sido y siguen siendo el tesoro más grande que yo tengo, la felicidad mía de todos los días. Y cada que yo los veo por ahí jugando o haciendo sus tareas, como que me hacen olvidar un poquito tantas cosas difíciles que le ha tocado sentir a una en esta vida.

⁴ Detrás suyo, buscándola con frecuencia.





LOS DÍAS
EN QUE SER
BONITA
ERA UN
PELIGRO



LOS DÍAS EN QUE SER BONITA FUE UN PELIGRO

Mariela · Las Mercedes, Sardinata

Vivir en medio del conflicto nos deja muchos dolores, y cuando uno cree que ya nada más le puede pasar, resulta que se arman otras personas y nosotras seguimos en medio de esa guerra que, a veces, nos cuesta tanto entender.

Yo nací en 1986 y crecí en la zona rural del corregimiento de Las Mercedes, en Sardinata. Mis ojos son de color miel, como los de mi mamá, y como soy blanquita y tengo el pelo mono, desde chiquita me han dicho catira, el apodo que usan en la región para todas las personas que nos vemos así. Además, siempre me decían que yo era muy bonita.

Mi vereda queda en medio de dos montañas y por ahí pasa una quebrada en donde todos los niños y las niñas aprendíamos a nadar. El 6 de enero de cada año, esa quebrada se llenaba de gente y de comida, porque ese día toda la vereda celebraba la fiesta de los Reyes Magos, yendo allá. Entonces cada familia hacía su sancocho y se realizaba un concurso de la persona que



aguantara más tiempo sumergida bajo el agua. A mí siempre me intrigó saber por qué Juan Pedro ganaba la competencia cada año, tanto así que en la escuela inventamos que él era un pescado, que por la noche se escapaba de la casa y se metía a la quebrada, viajaba hasta el río y luego llegaba al mar. Por la mañana, se devolvía para estar en la escuela tempranito.

Yo practiqué mucho en mi casa para anotarme en el concurso. Mi papá nunca quiso que yo lo hiciera, y me decía todo el tiempo que esa era una competencia para hombres. No le hice caso y me puse a practicar todos los días en la alberca¹ de mi casa. Después de una semana de intentos, que me salieron muy mal, me convencí de que no era lo suficientemente buena para participar en el concurso. Ese año, como era de esperarse, Juan Pedro volvió a ganar.

Por esos años, los ochenta y principios de los noventa, la vereda era muy unida, todo se compartía, y una familia le regalaba a la otra un plato de sopa, yucas, huevos, cuajada. Mis papás decían que eso siempre había sido así desde que ellos se acordaban. Pero a mí no me tocó casi nada de eso. Por ahí el cuarto año que Juan Pedro se ganó el concurso, todo empezó a desmoronarse, creció mucho la desconfianza entre la gente. Se nos metió un conflicto muy bravo en la vereda y yo digo que se sigue viviendo hasta hoy.

De la finca de nosotros hasta el pueblo, Las Mercedes, eran tres horas caminando, y en mula se echaba uno por ahí dos horas,

¹ Hace referencia a una pila del agua, estructura construida para almacenar agua que se usa en los oficios del hogar (lavado de ropa, por ejemplo) y para uso personal.



o menos. A mis tres hermanas y a mí nos gustaba que mi papá nos llevara al pueblo, y éramos felices que él lo hiciera. “¡Ay, papá, llévenos al pueblo, no sea malito!”, le decíamos siempre. Y el viejito nos llevaba y nos compraba, sagradamente, un dulce de lechosa y nos daba a cada una una moneda de esas grandotas de 50 pesos para que nos la gastáramos. ¡Uy, eso era la felicidad más grande para nosotras! Yo sentía que era millonaria y no me importaba que Juan Pedro se ganara todos los concursos.

Allá en mi vereda, desde que yo recuerdo, siempre había habido guerrilla. A mí me gustaba algo de ellos, al principio, porque, por ejemplo, usted había hecho algo malo y ellos le avisaban: “Tiene 15 días para arreglar lo que hizo, o si no le toca perderse de acá”. O sea, como que les importaba que hubiera un orden en la vereda, como que ellos impartían justicia. Entonces uno no se sentía tan desprotegido y sabía que alguien iba a ayudar a resolver los problemas que a veces se daban entre vecinos. Pero también pasaron cosas que yo no entendía en ese entonces: en un momento mi papá se quedó sin sus dos mulas y le tocó pagarle a un arriero para que le subiera y le bajara cosas al pueblo, como la carne de la semana, por ejemplo².

Las dos mulas se las había quitado la guerrilla una vez que hubo un enfrentamiento muy tremendo entre ellos y el Ejército y quedaron muchos guerrilleros heridos. Llegaron a la casa y a él le tocó apearles las mulas; se las llevaron y nunca se las devolvieron.

2 Véase el capítulo *La larga historia de las guerrillas* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas de presencia y control de las guerrillas en la región.



Y el viejito nos llevaba y nos compraba,
sagradamente, un dulce de lechosa y nos daba a
cada una una moneda de esas grandotas de 50
pesos para que nos la gastáramos. ¡Uy, eso era la
felicidad más grande para nosotras!



Pero ellos nunca llegaban a la casa así de lleno, sino que se quedaban por ahí en los alrededores. Esa vez de ese enfrentamiento, la mayoría de los guerrilleros quedó muy mal, todos destrozados, a unos se les veían los órganos internos. De ese día me acuerdo que nosotros habíamos ordeñado temprano. A mi mamá le gustaba sacar el queso, o sea cuajarlo³, sacaba el queso y dejaba un poquito de leche para el agua de panela de la noche, pero ese día ella no había cuajado todavía cuando llegaron los guerrilleros. Traían a los heridos montados en la espalda, llegaron y los dejaron ahí en la casa y nos obligaron a que les hiciéramos curaciones. Esa vez nos pidieron también que les matáramos unas gallinas y nos obligaron a hacerles de comer. Y ¿uno qué hacía? Recuerdo que ese día nos tocó voltiar⁴ bastante... hasta nos tocó darles leche con cuchara a los guerrilleros, porque estaban muy débiles, muy heridos.

Constantemente pasaban por la finca, pero casi nunca eran los mismos. Unos eran amables, y hasta le pagaban a mi papá por un marrano, una gallina o unos plátanos que le compraban. Pero había otros muy... ¿cómo le digo? muy bastos en el trato, lo trataban a uno a las patadas.

Lo que pasa es que uno en el campo es muy penoso, nosotros teníamos una pena impresionante ante cualquier persona extraña que pasara por la casa. Por eso mis hermanas y yo cuando veíamos que llegaban los guerrillos⁵, además de que te

³ Coagular la leche para elaborar diversos tipos de queso. Usualmente se hace después de ordeñar el ganado.

⁴ Realizar diversas tareas en poco tiempo.

⁵ Expresión usada para referirse a los guerrilleros.



níamos mucha pena, nos metíamos a la cocina por el miedo. Y entonces mi mamá nos decía: “No muestren miedo, porque ellos van a decir que si ustedes tienen miedo es porque les estamos ocultando algo”. Me acuerdo de esa vez que nos tocó hacerles unas olladas de agua de panela con limón. Eso unos guerrilleros bajaban los limones, los otros cargaban el agua. O sea, nos tocaba marcharles, claro, pero no nos hacían nada a nosotros.

Cuando cumplí los 14 años mis papás decidieron mandarme al pueblo, a Las Mercedes, a que estudiara para ser bachiller. Como yo era la menor, querían que no se repitiera conmigo la misma historia que con mis hermanas, que ninguna había hecho el bachillerato. A mí al principio no me gustó mucho la idea, me daba miedo echar a extrañarlos y que de pronto el estudio me pareciera muy difícil. Pero mi hermana mayor me convenció y me dijo que no fuera boba, que aprovechara, que si yo era capaz con el trabajo de la finca cómo no iba a poder con los libros. Me entró emoción y les dije que sí, que bueno. Y fue así como llegué a vivir a Las Mercedes, a la casa de mi madrina Leonor, y todos los fines de semana hacía el deber de ir a la finca a visitar a mi familia.

Todo iba marchando, digamos que bien, hasta cuando entraron los paracos en el 2001⁶. Uno qué se iba a imaginar todas las cosas terribles que esa gente iba a hacer en la región, y menos las cosas que nos iban a hacer a nosotras, las mujeres. Antes de eso, ya se había empezado a oír por todo lado que los paracos

⁶ Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar en la región.



Cuando cumplí los 14 años mis papás decidieron mandarme al pueblo, a Las Mercedes, a que estudiara para ser bachiller. Como yo era la menor, querían que no se repitiera conmigo la misma historia que con mis hermanas, que ninguna había hecho el bachillerato.

estaban entrando y que venían a masacrar a todo el pueblo, como lo habían hecho en La Gabarra en 1999. Y es que los que entraron a Las Mercedes, lo mataban a usted hasta por mirar. Es decir, si yo miraba a los ojos a un paraco, y a él no le gustaba, de una vez me cogía y me echaba a una camioneta y hasta ahí llegaba yo. Entonces empezó a cundir el miedo. Qué digo miedo. El terror. A mí me pasó algo que, le repito, jamás se me hubiera ocurrido que me pudiera pasar: un paraco se enamoró de mí, y eso se me volvió un problema terrible. Mire le cuento cómo fue.

Yo iba de regreso del colegio a la casa de mi madrina, cuando sentí una moto que venía detrás mío, cerquitica. A mí me dio muchos nervios porque ya se sabía que a esa gente, los paracos, les gustaba andar en motos y perseguían a las muchachas cuando salían del colegio. De los mismos nervios yo me tropecé, y el tipo que venía en la moto se hizo al lado mío, no me ayudó a levantar ni nada, solo me miró y me dijo: "¡Qué perra!". Me trató feísimo, me





dijo que yo era una guerrillera, que todos los de esa vereda, donde quedaba mi casa, éramos guerrilleros, que él me tenía ya fichada, y que si estaba muy asustadita, que qué era lo que me pasaba. Yo me levanté, empecé a correr y él me echó la moto encima. Me mandó de vuelta al suelo y me hizo una herida en la pierna, porque me rozó con la llanta delantera de la moto.

A mí me costaba caminar porque me dolía y estaba muerta del miedo, y entonces yo me quedé mirándolo y vi que me iba a pegar con la cachapa de la pistola que llevaba guardada en la cintura. Me puse a llorar, me quedé petrificada. En ese momento llegó otro paramilitar, uno al que le decían *El Loro*, y le dijo: "¿Qué le pasa, por qué le va a pegar a ella?". O sea, él se metió como a defenderme, digamos. Le decía: "Déjala ir, déjala ir", y el otro así lo hizo, bajó la pistola, y yo me levanté como pude y salí corriendo a la casa de mi madrina.

Cuando ella me preguntó cómo me había ido ese día en el colegio, yo me quedé callada y corrí para mi pieza⁷ a ver cómo tenía la pierna y a esconderme como pudiera el morado que ya me había salido. Esa vez ni siquiera almorcé; del susto se me fue hasta el hambre. Y yo digo que ese día mi vida cambió. *El Loro*, el que supuestamente me había defendido esa vez de la moto, se enamoró de mí, se obsesionó conmigo. Ese hombre donde me miraba empezaba detrás mío, como un perrito, y a mí me tocaba esconderme, porque él era a agarrarme, a manosearme, a ser abusivo conmigo. A partir de eso yo no quería ni siquiera ir a la esquina, es que ni a la tienda me atrevía a salir. Y mucho menos ir a visitar a mi

7 Habitación.



familia a la finca. Me daba terror que por el camino me saliera ese hombre y quién sabe qué cosas me hiciera.

Yo le decía a mi madrina Leonor: "A mí no me pida que vaya a hacer ningún mandado, yo no voy al mercado, yo no voy a salir de esta casa". Y mi madrina se quedaba sorprendida: "¿Pero por qué, Mariela? Yo necesito que me ayude en los deberes de la casa". Y yo calladita la boca, calladita.

Me acuerdo un fin de semana que mi papá bajó de la vereda al pueblo. Aunque la situación estuviera tan dura, y todo el mundo viviera con tanto terror, a la gente del campo le tocaba bajar a Las Mercedes a comprar el mercadito y a hacer por ahí algunas vueltas. Pero eso sí, tocaba comprar lo básico, lo mínimo, porque los paracos no dejaban que la gente de las veredas llevara mucho mercado, porque decían que era para la guerrilla. Y qué sorpresa la de mi papá cuando me invitó a tomar una gaseosa en la panadería y yo le dije que no tenía ganas, que me sentía enferma y que no podía salir a la calle. Imagínese, horrible, terrible esa situación. Uno encerrado entre esas cuatro paredes, en su propia casa, sin poder salir a la calle, por el temor. Eso cuando yo me asomaba a la ventana, o salía a la puerta, veía a *El Loro* por ahí en las esquinas como esperando a que uno saliera, vigilandolo a uno.

Era tanta la perseguidera de ese hombre, que yo ya le conocía el rumbido⁸ a la moto de él. Cuando yo estaba haciendo por ahí alguna tarea, o ayudándole a mi madrina en alguna cosa,

8 Sonido generado por el motor.



escuchaba la moto y a mí me entraba el miedo, la angustia. Me daba como un ahogo, una asfixia. Y yo ni modo de contarle nada de eso a nadie de mi familia ni a mis profesoras del colegio, porque me daba terror que se pusieran por ahí a decirle algo a ese hombre, o al comandante de él, y ahí sí se agrandaba la cuestión.

Yo digo que, en ese entonces, ser bonita era un peligro. A mis hermanas y a mí nos gustaba pintarnos las uñas, hacernos peinados, ponernos pulseras, así como salían las actrices en la televisión. Podíamos ser pobres, pero nos gustaba siempre estar muy arregladas, bien peinaditas. Por eso era que a mí en la vereda me decían que era muy jullera⁹, y que si era que no hacía ningún deber en la casa que siempre tenía las uñas tan bonitas y arregladas.

Me acuerdo mucho de una vez que mi primo Esteban nos gritó que si seguíamos vistiéndonos así, con pantalones apretados, nos íbamos a ganar que nos pasara algo. Yo pensé en esa vez que la vecina Rosario dijo que las muchachas que se arreglaban tanto lo hacían para despertar el interés en los hombres, y que nos atuviéramos a las consecuencias. Pero yo no entendí muy bien, porque a mí no se me pasaba por la cabeza que yo me maquillara por ese motivo. Claro, yo tampoco me iba a imaginar que por eso me iban a castigar, que eso me iba a poner en semejante peligro.

⁹ Creída, que se cree mejor que las demás personas.





Imagínese, horrible, terrible esa situación. Uno encerrado entre esas cuatro paredes, en su propia casa, sin poder salir a la calle, por el temor. Eso cuando yo me asomaba a la ventana, o salía a la puerta, veía a *El Loro* por ahí en las esquinas como esperando a que uno saliera, vigilándolo a uno.

Y yo, con el tiempo, me fui enterando que a la muchacha que le hubieran puesto el ojo los paracos, le quedaban solo dos opciones: o acceder, por la fuerza, a hacer lo que ellos quisieran, o salir corriendo del pueblo donde viviera, para salvar su vida y su dignidad. Por ahí en el pueblo se escuchó mucho un caso de una muchacha a la que los paracos violaron y asesinaron, por no hacerles caso. Ella era muy bonita, muy elegante, y cuando empezaron a joderla, ella se les paró duro y les dijo que no quería absolutamente nada con ellos. Entonces, como castigo, la violaron, le hicieron cortadas en sus senos, la asesinaron y la tiraron a una laguna.

Entonces a mí me tocó arreglármelas para poder sobrevivir, para continuar con mis estudios y con mi vida en el pueblo. Estaba cansada del encierro. Yo iba al colegio, pero me tocaba esperar a que una compañera o un profesor pasaran por enfrente de mi casa para caminar con ellos y sentirme un poquito más protegida; de resto, solo salía si mi madrina también iba. Y cuando caminaba por la calle me alertaba cualquier ruido, y en más de una ocasión le apreté fuertísimo la mano a mi madrina, porque oía una moto que venía en la distancia.

Pero yo no me iba a ir del pueblo, no les iba a dar ese gusto a los paracos. Y tampoco iba a dejar mis estudios. Yo no había hecho nada malo ni les debía nada a ellos. Entonces me tocó inventarme una estrategia, como seguro les tocó hacer a otras muchachas aquí en el Catatumbo: si yo tanto les gustaba a los paracos, pues entonces iba a verme fea, feísima, a ver si se les quitaban las ganas a *El Loro* y a sus compinches, que se la



Y yo, con el tiempo, me fui enterando que a la muchacha que le hubieran puesto el ojo los paracos, le quedaban solo dos opciones: o acceder, por la fuerza, a hacer lo que ellos quisieran, o salir corriendo del pueblo donde viviera, para salvar su vida y su dignidad.

pasaban por el pueblo vigilándonos, de estar a la pata mía. Dejé de peinarme, y guardé con candado mis aretes, mis esmaltes y los pantalones más ajustados que tenía.

Mi madrina se sorprendió de verme así. Imagínese, si yo era dizque la más jullera de la vereda. Tanto así que un día la escuché diciendo que yo me estaba vistiendo muy chirosa¹⁰ y que le iba a tocar regalarme alguna ropa más presentable. Esas fueron las cosas que nos tocó hacer a nosotras las mujeres, para sobrevivir durante esos años.

El 8 de diciembre de 2002, el día de las primeras comuniones, mi familia bajó al pueblo. Esos años nos apegamos mucho a Dios, era la única esperanza que nos quedaba. Tanta muerte, tanto dolor... yo creo que mis papás y mis hermanas se sorprendieron de ver que yo no me había arreglado, como estaba tan acostumbrada a hacerlo. No me peiné, me eché el pelo por la

¹⁰ Que se viste con ropa que se encuentra en mal estado.



cara, salí sin aretes y me puse una ropa vieja con el único objetivo de no llamar la atención de los paracos, de que me vieran fea y me dejaran en paz, de una vez por todas.

Yo andaba con la cabeza agachada, quería ser como invisible, evitar cualquier mirada. Atravesamos el parque, fuimos a la iglesia, pasamos a saludar a doña Carmela. ¡Hasta eso nos querían arrebatar los paracos! Nuestra vida cotidiana, nuestros lugares, nuestras charlas agradables con los vecinos, las carcajadas entre amigas a la salida del colegio.

Ese día con mi familia me sentí tranquila. Me convencí de que nada me podría pasar si estaba con ellos, con mis papás y mis hermanas. Ese día saliendo de misa levanté la cabeza poquito a poco, reconocí otra vez esos lugares que tanto añoraba, esos que ahora me producían terror. Alcé la mirada. Respiré ese aire caliente de mi pueblo y eso me llenó el corazón. Una sonrisa me atravesó los labios en ese momento, y el color verde de los árboles del parque me dio mucha tranquilidad.



MALES
CORPORALES,
DOLORES DE
CORAZÓN



MALES CORPORALES, DOLORES DE CORAZÓN

San Calixto

Muchas mujeres de esta región estamos enfermas. Tenemos dolores que no nos dejan llevar a cabo nuestras tareas del día a día. Sentimos que el corazón se nos va a salir del pecho, y a algunas, nos despierta como un ahogo por las noches, una sensación que nos corta el aire y nos impide respirar, que nos deja sin voz. Nos matan los nervios, decimos muchas. Algunas nos vemos pálidas y flacas. Nos duele la cabeza y nos dan picadas en el estómago. Es que han sido muchas las cosas que nos ha tocado ver, muchos los dolores que nos ha tocado cargar. Aquí le echo la historia de lo que me pasó a mí en 2004, en el municipio de San Calixto.

Ahí afuera de mi casa, en el corregimiento de La Quina, en el municipio de San Calixto, yo había colocado un parapetico¹ donde vendía gaseosa y otras cositas. Me iba bien, y a los

¹ Mesa o silla ancha donde se exponen para la venta distintos productos.



vecinos les gustaba que yo les fiara de vez en cuando. Yo eso lo hacía con mucho gusto porque es que yo he vivido las dificultades de la gente campesina en carne propia. Yo sé lo que es sacar una carga de yuca a Ocaña y volver con los bolsillos prácticamente vacíos, salir a pérdidas. Le toca a uno casi regalar en la ciudad todo lo que cultivamos con tanto trabajo.

Por ahí a partir de 2002, allá en La Quina llegaron a vivir los paramilitares en medio de nosotros, nos robaron nuestra comida y nuestras cobijas, se adueñaron de casas completas y nos obligaron a darles agua, a convivir con ellos, a jugar billar con ellos².

Por mi casa pasaban una y otra vez. Llegaban y me decían cosas. Me acuerdo tanto que una vez uno me dijo: “Ay, usted antes era más flaquita, ahora está más gordita. ¿Por qué no se va con nosotros?”. Y a la semana siguiente otro se me acercó y me dijo: “Flaquita, usted sí está buena, ¿a usted no le da susto que yo le diga que me la voy a comer?”. Y yo les respondía que a mí me hicieran el favor y me respetaran, que yo tenía esposo, que yo no era mujer de la vida, que era una mujer de mi hogar. Si me quieren matar, mátenme, pero yo no voy a hacer nada con ustedes, les decía yo. Es que uno como mujer, y más con rabia, le toca hacerse valer. Pero yo para mis adentros estaba temblando de miedo, imagínese, ellos con esas armas que siempre cargaban.

² Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar y sus particularidades en la zona del alto Catatumbo.



Entonces adivine qué tuve que hacer yo. En mayo del año 2004 alisté a mis dos hijos, una niña de cuatro añitos y un niño de seis, recogí unas cosas y me fui para la finca que teníamos con mi marido por allá en una vereda. Allá estaba él trabajando, y yo pensé que me iba a sentir más tranquila con él, y que entre ambos íbamos a poder proteger a nuestros hijos.

Cuando decidí irme del pueblo a la finca no le conté a nadie, y tuve que tomar una trocha enmontada por el temor que me invadía, porque si me iba en el carro, que lo subía a uno a la vereda, de pronto los paracos me bajaban en algún retén de esos que tenían ubicados a la salida y a la entrada del pueblo. Como para ellos si uno se iba era porque debía algo o tenía algo que ocultar...

Cuando llegué allá, la cosa estaba peor. Yo esperaba que mi marido se alegrara de vernos, pero luego me comentó que haberme ido para la finca había sido una mala decisión. Como a los cuatro días de estar nosotros allá hubo un enfrentamiento, un tiroteo tremendo entre los paracos y la guerrilla. Porque es que a diferencia de lo que yo he oído que pasó en otras partes, para el alto Catatumbo, donde está el municipio de San Calixto, sí se dio mucho que el ELN y el EPL se dieron plomo con los paras. Esa totiadera³ y esa zozobra eran cosas muy bravas a las que nadie estaba acostumbrado.

Una tarde, cuando menos pensamos, se oyó un tiroteo y nos tocó a toda la familia meternos debajo de la cama más grande

³ Sonido producido por la detonación de armas y otros artefactos bélicos.





que teníamos. Recuerdo mucho que esa vez le picó un bicho en el brazo a mi niña, pues estuvimos tirados mucho tiempo en ese piso de tierra, resguardándonos. Eso se le inflamó medio bracito, y le quedó una cicatriz grandota que todavía hoy la tiene. Yo cada vez que se la veo, me acuerdo de ese día. Le quedó esa marca de la violencia a mi niña.



Pero, como a los dos meses, fue un susto todavía más grande. Mi esposo estaba por allá mirando el cultivo de café que teníamos, cuando llegaron los paracos a mi casa, me pusieron un arma en la cabeza y me dijeron que me iban a matar a mí y a mis dos niños, y que ellos ya sabían por qué era que yo me había venido para la finca. Que les contara qué era lo que yo ocultaba, que si era que me había venido a colaborarles a los guerrilleros que supuestamente se la pasaban ahí en la vereda. Mis dos hijitos vieron toda esa violencia. A la niña a veces le da una corazonada, y yo digo que eso fue que agarró un mal por esa y otras cosas terribles que a ella le ha tocado ver durante su vida.

Ese día, más arriba de mi casa, los paracos mataron a un señor. Lo descabezaron y trajeron la cabeza para jugar ellos ahí en la cancha de fútbol de la escuela como si fuera un balón. ¡Imagínese ese terror! Le decían a uno que eso mismo nos iba a pasar a todos los que vivíamos en esa vereda, porque según ellos todos nosotros éramos guerrilleros, hasta los niños, hasta las gallinas y los perros. Uno jamás se imagina que un ser humano pueda hacerle tanto daño a otro. Y por eso es que yo digo que todo eso que vivimos allá fue una cosa muy espantosa.

Fue por culpa de todo eso que me tocó sufrir en carne propia, que yo también agarré un mal, como la niña: a veces me daban como unos ataques en el corazón y un temblor, por los nervios de recordar todo lo que nos había pasado y todo eso tan terrible que nos tocó ver y vivir. Yo hoy no puedo ver a un muerto ni sangre ni nada que parezca sangre. Eso me devuelve a esos días de dolor, me genera terror. Quedé yo como sometida a esas imágenes, las cargo conmigo todos los días.





Y mi vecina, la señora Alejandrina, esa pobre señora quedó peor que yo, ella vive bastante achacada, como muy afectada. Imagínese, si la casa de ella se la tomaron los paramilitares. Le tocó convivir con ellos día y noche. Todo, las cobijas, la loza, todo, absolutamente todo se lo cogieron para ellos. Y a su hijo, por querer oponerse a eso que pasaba, los paramilitares lo torturaron y luego lo desaparecieron. Entonces a ella no se le puede mencionar nada de eso, porque es como revivirle todo ese dolor. Se la pasa enfermita: que le duele la cabeza, que le molesta la úlcera, sufre mucho del colon y le duelen los huesos.

Uno, la verdad, quisiera como olvidar todo eso que le ha tocado vivir. Pero es muy difícil. Y quisiera uno como dejar de sentir ese dolor y ese rencor contra las personas que nos han hecho ese daño. Mi preocupación es que yo siento que les transmito ese sentimiento a mis hijos y es algo que no quiero que pase.

A veces me levanto con mucha rabia, como con ganas de no ver a nadie y que nadie me pregunte nada. Y se me acerca mi hija y me pregunta: “¿Mami, pero a usted qué le pasa?” Imagínese, ¿qué respuesta le puede dar uno? Cuando me agarran punzadas en el pecho me toca inventar alguna cosa, porque con qué cara le explica uno a alguien que eso es consecuencia de todo lo que nos tocó vivir. Dirán que una se está inventando males para no ir a trabajar, o que se volvió perezosa y ya no quiere salir a las labores del campo ni cuidar a los hijos. Y, dígame, ¿cómo va uno al centro de salud a que le den unas pastillas que al fin y al cabo no van a ser ningún alivio? Es que el problema no es de pastillas, esa no es la solución. Y a uno a veces le da pena

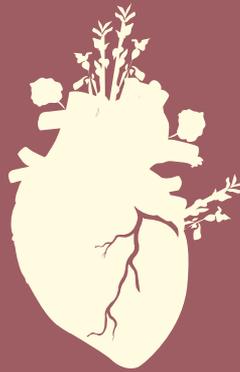


contar estos males que sufre, porque de pronto van y se burlan o dicen que soy muy floja.

Entonces yo por eso creo que es importante que a nosotras las mujeres nos escuchen, porque nos ha tocado tragarnos muchos dolores. Queremos que nos den la palabra, que nos apoyen en nuestros proyectos y nos permitan, así, sanarnos estas heridas que nos duelen tanto.



COMO UN
LAMENTO POR
DENTRO



COMO UN LAMENTO POR DENTRO

Catatumbo bajo

Yo digo que esa gente, los paramilitares del Bloque Catatumbo, llegaron como en una persecución contra las mujeres, fue como si se hubieran ensañado contra nosotras. Nos veían como mercancías expuestas en una tienda y nos maltrataban con todo, con sus miradas, con sus palabras, con sus acciones. Llegaron como odiando a las mujeres, porque para ellos todas éramos vistas como guerrilleras, vagabundas, ladronas.

Yo llegué al Catatumbo cuando tenía 29 años, desde Cúcuta, donde nací y me crié, a trabajar como promotora de salud para el área rural de todo un corregimiento. Eso fue en el año 1997. Me acuerdo mucho que en esos años estaba de moda dejarse el capul, y antes de empezar ese trabajo yo me fui adonde una amiga peluquera, que me lo dejó bien bonito. Y aunque ya he cambiado bastante, en esa época yo era una muchacha



delgadita¹, y por ahí me decían que mis ojos eran muy lindos, que porque eran de color negro intenso, así como mi cabello. Yo le había sacado esa herencia a mi papá.

Eran bastantes horas las que me tocaba andar a lomo de mula, en canoa por el río o a pie, dependiendo del lugar, para llegar a las veredas a trabajar con la gente. Mi labor me satisfacía muchísimo, me gustaba ayudar, prestarles mis servicios a las personas que vivían más apartadas y en medio de tanta precariedad. Aunque era duro, bastante agotador, ese trabajo. Ver que la gente no contaba con una carretera, niños que no iban a la escuela, violencia dentro de los hogares.

Y la presencia de los grupos guerrilleros, claro. Como yo me movía por toda el área rural, y de vez en cuando me tocaba ir a la alcaldía del pueblo más cercano, a presentar informes o asistir a reuniones, entonces la guerrilla decía que yo era una sapa, que llevaba y traía información.

Me acuerdo que la primera semana que estuve trabajando en una de las veredas pararon la canoa en la que yo iba y me hicieron sacar todo lo que llevaba en el bolso. Me preguntaron que qué eran esas cartillas que yo cargaba y que cuáles eran las preguntas que yo le hacía a la gente, que para qué necesitaba esa información. Yo les conté que eran cartillas sobre nutrición infantil y que a mí me tocaba presentar soportes de las actividades y los servicios que prestaba en las comunidades.

1 Flaca.



Eran bastantes horas las que me tocaba andar a lomo de mula, en canoa por el río o a pie, dependiendo del lugar, para llegar a las veredas a trabajar con la gente.



Me dijeron que me tenían bien vigilada, y que ay de que me vieran por ahí chimbando² o hablando con policías o militares. Que ellos cuidaban muy bien toda la zona y que tenían ojos por todas partes³.

Yo me puse un poquito disgustada, porque el trabajo de nosotros es para la comunidad, a nosotros no nos importa si este es de un bando o del otro, a las trabajadoras de la salud nos importa es el bienestar de las personas. Entonces les dije que si no les gustaba mi trabajo, yo pasaba la renuncia y pedía traslado para otra parte, que promotoras era lo que se estaba necesitando en toda la región. Y me respondieron que no, que estuviera tranquila, que ese era el trabajo de ellos, velar por el bien de la comunidad.

Yo después fue que entendí que la guerrilla estaba tan pendiente de quién entraba y quién salía era porque los paramilitares ya tenían planeado entrar a la región. Y como en esa época, a mediados de los años noventa, se movía tanto lo que era la coca, pues me imagino que la guerrilla no quería que le quitaran el negocio⁴. Lo cierto es que en menos de nada los paramilitares se adueñaron del corregimiento y de casi toda la región, a partir de 1999, y nos tocó vivir los años más duros, los más terribles. Fue durante esa época, además, que a mí me

² Molestando, fastidiando.

³ Véase el capítulo *La larga historia de las guerrillas* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas de presencia y control de las guerrillas en la región.

⁴ Véase el capítulo *El pasado y el presente de la coca* del informe *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar en torno a las dinámicas del cultivo de la coca en la región.



hicieron el daño más horroroso, que me dejó cicatrices que hoy cargo aquí conmigo⁵.

La mañana de un lunes de diciembre de 1999, yo madrugué a salir a Cúcuta desde el pueblo a participar de una capacitación a la que había sido invitada. Entonces agarré el bus bien tempranito, me acomodé en mi puesto y jamás de mi existencia se me hubiera ocurrido lo que me iba a pasar ese día. Jamás.

Llegamos a la curva de La Peña, cuando unos hombres pararon el bus en un retén que habían montado. Eran paramilitares. Bueno, ellos se presentaron como Las Autodefensas, y nos hicieron bajar a todas las mujeres que íbamos en el bus. En total éramos cuatro. A mí me invadió el terror. ¿Por qué a los hombres los dejaron en el bus? ¿Qué será lo que quieren de nosotras? Tenían la cara tapada, todos estaban usando un pasamontañas. Entonces le dijeron al conductor que siguiera, que se perdiera de ahí rapidito, que ni se le ocurriera a nadie bajarse y menos preguntar nada.

Quedamos las cuatro mujeres ahí con ellos, pero yo al ratico dejé de ver a las demás, no supe qué se hicieron. Como a los dos minutos se me acercó uno de los encapuchados y me entregó una estopa⁶, y con el fusil que cargaba me señaló que siguiera hacia allá, hacia un camino que llevaba a una quebrada. Yo estaba petrificada, era incapaz de dar un paso, de mover un dedo.

⁵ Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar en la región.

⁶ Costal, saco de tela o de cabuya utilizado para guardar y transportar los productos agropecuarios.



Entonces él habló y me gritó: "¡Que se mueva, vagabunda!", y ahí como que me desperté e hice lo que él me pedía.

Llegaron tres hombres adonde yo estaba y me obligaron a desvestirme. En ese lugar, cerca adonde me habían llevado, vi unos cuerpos en descomposición, y los paramilitares me amenazaban diciéndome cosas como "mire, mire lo que les pasa a las zorras malparidas". Entonces uno de ellos se me acercó, me puso un arma en el cuello y con la navaja que guardaba en la pretina me hizo una cortada en la parte superior del seno que afortunadamente no fue tan profunda. Uno de ellos me agarró fuertísimo de las muñecas y me tiró con rabia al suelo, me golpeó la cara y me tapó la boca durísimo. Yo no encontré modo de defenderme, de gritar, mucho menos de volármelos. Entonces fue cuando uno por uno, los tres paramilitares, abusaron sexualmente de mí.

Me dejaron ahí botada, y yo como pude me puse en pie. Ahí más abajito del camino vi a una de las chicas a la que también habían violado, y me di cuenta de que estaba en muy malas condiciones. Entonces atiné a ir a preguntarle cómo estaba, a ver si la podía ayudar en algo. Pero ahí estábamos las dos, en ese camino, con el alma que ya se nos reventaba en pedazos.

Después de esos hechos yo pensaba... ¿Cómo hace una para seguir la vida luego del abuso, de semejante daño tan grande que me habían hecho, de semejante diluvio que me había pasado por encima, por el alma, por el corazón? Yo lloraba, lloraba y lloraba. Sentía que no había nada más por hacer. Lloraba y sentía como un lamento por dentro. Una cosa inexplicable.





Ese día llegué a mi casa en Cúcuta y lo primero que hice fue bañarme. Me estuve como más de dos horas metida en esa ducha, llorando. Yo me echaba jabón, me restregaba duro, como con ganas de arrancarme la piel. No encontraba qué más hacer. Buscaba pensar en otra cosa, trataba como de cerrar los ojos y de imaginarme algo distinto, pero las imágenes, las palabras, los golpes se pasaban frente a mí nítidos, una y otra vez, en una repetición que duró una eternidad. Yo lloraba mucho en esos días, no dormía bien y hasta me bajé de peso terrible.

Y el silencio. Tuve que guardar silencio. Muchas mujeres tuvimos que guardar silencio. Yo no quise denunciar, porque tenía temor de que los funcionarios que escucharan mi relato fueran a contar algo o fueran aliados de los mismos paramilitares, de los mismos que me habían hecho tanto daño. Ese era otro temor con el que nos tocaba convivir: desconfiar de aquellos que se suponía nos debían cuidar, defender.

Eso que me hicieron impactó muchísimo en mi relación. A mi pareja tampoco le dije absolutamente nada de lo que había pasado. No le conté porque tenía temor que de pronto él me fuera a dejar, de que yo quedara sola... muchas cosas pasaban por mi cabeza.

Yo quedé muy marcada. Aparte de las cicatrices que me quedaron en el cuerpo, quedé muy marcada para la vida con los hombres, y digamos que todavía hoy yo no me siento capacitada para estar con uno. Al principio se me venían todas las imágenes de ese día, y me tocaba pedirle a mi pareja que por



favor parara, que me sentía mala. Yo no podía olvidar esos golpes, esa cosa con esos hombres. Afortunadamente él comprendía y no me pedía explicaciones de nada.

Pero yo tuve que seguir con mi vida, inventándome el día a día. Despertarme en la mañana, salir a trabajar, compartir con la gente. De vez en cuando me entraba como una amargura, como una rabia de lo que me había pasado. Me preguntaba que por qué a mí me habían hecho todo eso que me hicieron. Una noche soñé que tenía a los tres encapuchados en frente mío, y que cuando uno de ellos me largaba la estopa y me ordenaba que me acostara ahí, de las raíces de los árboles salían muchas mujeres que hacían un círculo alrededor mío y no dejaban que esos hombres se me acercaran.

Yo he reflexionado mucho sobre todo esto que me pasó. Y hoy me siento más sanada, me siento curada. Tuve el valor de contarle a mi pareja, después de muchos años, claro, y aunque las cosas con él se acabaron por otras razones, nunca sentí que me recriminara o que me reprochara por eso que había pasado. Aunque yo después escuché que eso fue algo que nos pasó a muy pocas, porque muchas mujeres fueron abandonadas por sus esposos, por sus compañeros, cuando se enteraron de que ellas habían sido violadas.

¿Sabe qué es lo más triste de toda esta historia? Dar me cuenta, con el tiempo, de que mi caso no fue ni el primero ni el último, y que en nuestra región muchísimas mujeres, de todas las edades, del campo y del pueblo, han sido abusadas sexualmente por



Una noche soñé que tenía a los tres encapuchados en frente mío, y que cuando uno de ellos me largaba la estopa y me ordenaba que me acostara ahí, de las raíces de los árboles salían muchas mujeres que hacían un círculo alrededor mío y no dejaban que esos hombres se me acercaran.

los actores armados, principalmente por los paramilitares que, en algo más de cinco años, nos despojaron de nuestras cosas materiales y de nuestra dignidad. Y eso sin mencionar todas las veces que nos ha tocado tragarnos el miedo porque un hombre armado se nos acerca, nos hace preguntas, nos dice que estamos muy bonitas. Eso lo han hecho todos aquí en el Catatumbo: guerrilleros, paramilitares y los mismos policías y soldados del Ejército. ¿Se imagina el dolor que nos embarga? ¿Se imagina las cicatrices tan profundas que eso ha dejado en nosotras, en nuestras familias?

Yo tuve suerte, pues tuve la maravillosa oportunidad de participar de unos talleres y capacitaciones que gestionaron aquí en la región la Iglesia católica y otras organizaciones, y en esos espacios pudimos expresar nuestros dolores, así como formarnos para ayudar a otras personas que cargan con tanto sufrimiento.

Por eso es que hablo y cuento esta historia, no crea que a mí me gusta recordar todo eso. Y lo hago con un objetivo: que se sepa que este dolor nos pasó. Y que nunca más una mujer, que haya sido abusada sexualmente, se acueste a dormir con vergüenza por algo tan horroroso como lo que le hicieron. Porque yo veo las noticias y sobre el Catatumbo se habla de los grupos armados, de la coca, de la frontera. Pero parece que no hubiera gente en este territorio. ¿Y nosotras, las mujeres? Por eso es que cuento mi historia: para que entre todos imaginemos una región donde estas violencias nunca nos vuelvan a ocurrir.



UN HILITO
INVISIBLE QUE
NOS CONECTA A
TODAS



UN HILITO INVISIBLE QUE NOS CONECTA A TODAS

La historia de nuestra asociación de mujeres.

Las mujeres de esta región somos muy fuertes. Pero yo le digo que este conflicto que nos ha tocado vivir nos ha hecho todavía más resistentes.

Yo me llamo Patricia, nací hace 38 años en esta tierra del Catatumbo y regresé a mi pueblo en 2007, tres años después de que los paramilitares del Bloque Catatumbo se desmovilizaran. Me acuerdo que por ahí a partir de 2012 se empezó a escuchar mucho que había programas de reparación y que fuéramos a denunciar lo que nos había pasado. Yo era incapaz de hablar del desplazamiento que sufrí, y de las heridas que me dejó la violencia sexual en mi cuerpo y en mi corazón. Después de mucho pensarlo me atreví a ir a declarar, pero eso solo lo hice hasta mediados de 2013. Imagínese, después de tantos años y uno volver a relatar esa historia. Uno siente como si hubiera



sido ayer todo eso que le pasó. Pero me tocó hacerme la fuerte, porque me di cuenta de que si yo no denunciaba eso que me había pasado, nadie iba a saber qué había ocurrido e iba a quedarse en el olvido total.

Un día cualquiera de octubre de 2013 fui a hacer mercado y a llevar a mis tres hijos a la escuela. Siempre tenía que pasar por la cancha, y esa mañana vi un poco de gente reunida ahí. Yo nunca me había metido en nada de eso, a mí nunca me había gustado ir a reuniones ni participar en nada. Me acuerdo tantísimo que a don Chepe, el presidente de la junta de acción comunal, lo mataron los paramilitares cuando entraron a la vereda. En esos años que estuvo esa gente aquí en mi pueblo, cualquiera que medio reclamara alguna cosa, algún derecho, era tildado de guerrillero y muerto o desaparecido¹. A mí eso ni me gustaba ni me daba tranquilidad. Pero yo ya había visto a esas mismas personas reunidas ahí otras veces, y ese día me entró mucha curiosidad. Me hice a un ladito y puse cuidado a ver qué era lo que estaban charlando. Entonces empezaron a hablar de un proyecto, de una asociación de mujeres, que un grupo de 50 mujeres víctimas había salido favorecido para un proyecto.

Pero a mí lo que más me llamó la atención era que había funcionarias que venían de afuera del pueblo, y a mí me interesó, porque yo veía preparación, veía que era gente formada. Para mi sorpresa, al otro día me llega la visita de una

¹ Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatambo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar en la región.



de esas funcionarias a mi casa, quien me comentó que yo era una de las mujeres que había sido escogida, para hacer parte del proyecto. Todas las que íbamos a participar éramos mujeres que habían hecho su declaración ante la Unidad de Víctimas por hechos victimizantes relacionados con violencia de género.

Fuimos a una primera reunión informativa, y allí me di cuenta de que estaba un montón de mujeres que yo había visto antes, pero con las cuales nunca había charlado ni una vez. Aunque no nos conocíamos, nos unían nuestros dolores y nuestras esperanzas, como si un hilito invisible nos conectara a todas.

Nos contaron que se trataba de un proyecto de gallinas ponedoras, para enseñarles a las mujeres a administrar ese negocio y mejorar así nuestras condiciones de vida. Que en el proyecto íbamos a tener todo: acompañamiento, comercialización, formación para nosotras, educación. A mí el cuidado de animales nunca me ha gustado mucho, porque yo prefiero el estudio, compartir con otras personas, aprender cosas nuevas. Pero cuando dijeron que iba a haber educación para nosotras, a mí eso me sonó. “Por ese lado sí me voy yo”, me dije.

Entonces empezaron las capacitaciones. Y yo en todas las reuniones me destacaba por preguntar, por hablar mucho. Todo el tiempo preguntaba: “¿Y cuáles son las capacitaciones de estudio? ¿Cuál es la educación que vamos a recibir?”. Yo quería saber qué iba a pasar con eso y si era que iban a dar unas becas, porque yo en ese momento era eso lo que quería: estudiar, que me apoyaran para poder prepararme. Y



Fuimos a una primera reunión informativa, y allí me di cuenta de que estaba un montón de mujeres que yo había visto antes, pero con las cuales nunca había charlado ni una vez. Aunque no nos conocíamos, nos unían nuestros dolores y nuestras esperanzas, como si un hilito invisible nos conectara a todas.

me respondían las funcionarias que poco a poco, que primero eran unas capacitaciones más generales y luego se iba mirando qué cosa hacía cada una de las participantes del proyecto. Me empezó a entrar interés por el asunto. Me acuerdo que era tanta mi curiosidad, que los primeros días hacía el oficio de la casa rapidito y después me iba para las reuniones con las demás mujeres.

Pero eso me trajo problemas con mi marido, porque empezó a decirme que yo me la pasaba únicamente en esas reuniones y que a él eso ya no le estaba gustando. Y entonces yo le respondía diciéndole que yo a él no le decía nada cuando él se iba a trabajar, y le recordaba que yo continuaba haciendo muy bien los oficios de la casa. Es que yo tengo un genio muy tremendo, soy bastante rebelde. Claro, por todo lo que me tocó ver en el conflicto, además de la violencia intrafamiliar que me tocó vivir, uno tiende siempre como a defenderse y no soporta que otro la venga a gritar, porque como yo le decía a él: "¿Cómo así



que me va a gritar? ¿Toda la vida recibiendo golpes y me va a pegar usted también?”.

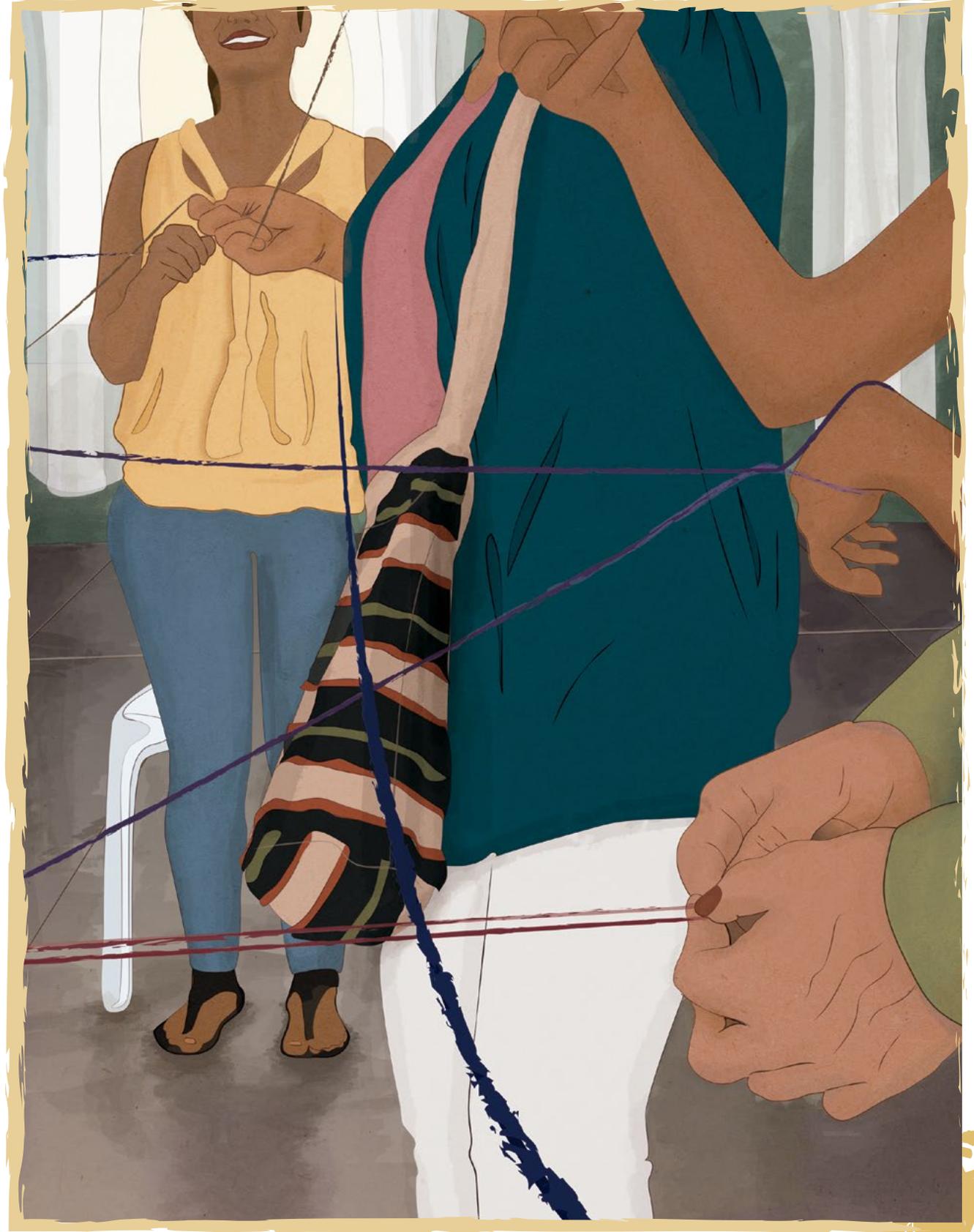
En una de las reuniones se me acerca una funcionaria y me dice que me querían proponer a mí como presidenta de la asociación de mujeres. Yo le respondí que no, que yo no quería. Le dije: “No, eso no me gusta a mí. ¿Para que luego salga uno de chismoso, de mentiroso, ladrón?”. Además, yo recordaba cómo, en el tiempo de los paracos, el que era presidente de junta terminaba muerto, eso no era permitido.

Entonces la funcionaria me comentó que veía en mí cualidades de liderazgo y una buena habilidad para hablar y para expresarme. Por eso finalmente me nominaron a mí como candidata, junto a otras seis señoras. Yo me preguntaba: ¿Y cómo me van a elegir a mí como presidenta, si ninguna de estas mujeres me conoce? Yo sabía que unas eran del campo y a otras las veía en el pueblo, pero ninguna sabía de mis cualidades ni

(...) “que a mí me pasó esto, y a mí me pasó aquello”.

Y entonces yo fui viendo que yo no era la única víctima, que solamente a mí no era a quien le había pasado la historia que me pasó, que había otras cosas, incluso peores. Y empecé a entender que cada una de nosotras era diferente, que cada una tenía su lucha, cada una cargaba con su sufrimiento.





nada de eso. Y para sorpresa mía, de las 50 mujeres que hacíamos parte de la organización en ese momento, unas 47 votaron por mí para que fuera yo la presidenta de la asociación. Y se me acerca la funcionaria y me dice: "Ah, mire que le tocó". Y lo único que a mí se me ocurrió preguntarle fue: "¿Y eso cómo se hace? ¿Qué tengo que hacer?".

Bueno, el caso es que me metí de lleno, con el alma y con el corazón, a la organización. Empecé a escuchar las historias de las mujeres que contaban en los espacios de capacitación, "que a mí me pasó esto, y a mí me pasó aquello". Y entonces yo fui viendo que yo no era la única víctima, que solamente a mí no era a quien le había pasado la historia que me pasó, que había otras cosas, incluso peores. Y empecé a entender que cada una de nosotras era diferente, que cada una tenía su lucha, cada una cargaba con su sufrimiento. Había señoras mayores, mujeres de 50, 40 años, algunas un poco menores.

En esas me encontré con una mujer que fue violada por muchos hombres a la vez y ella quedó como traumatizada, o sea, ella es ida de la mente, sufre de eso, y tuvo una niña como producto de la violación. Cuando nos reuníamos en grupitos para hablar entre nosotras, ella nos contaba y repetía eso que le había pasado, así era todos los días, porque ella se quedó allá, en eso tan terrible que le pasó. Para muchas mujeres después de esos hechos todo lo que les viene es normal: que si el marido las agarra y las viola, eso es normal; que si les pega, que les grita, que si les da de comer o no, eso es normal.





Yo empecé a salir a capacitarme, a tocar puertas aquí y allá, yendo a reuniones, preguntando, que una cosa y la otra.

Yo hacía los oficios de la casa temprano para tener tiempo para la organización. A eso de las nueve de la mañana, tenía ya el almuerzo listo y me iba para la asociación; a las once y treinta me venía a la casa, les servía el almuerzo a mis hijos y a mi marido y a las dos de la tarde me devolvía y estaba hasta las cuatro. Eso era un trajín para mí.



Como causa de mi entrega de lleno a la asociación tuve problemas, entre esos la separación de mi marido. Un día cualquiera me llamó y me dijo: "¿Será que usted tiene un ratito en su apretada agenda?" Le respondí yo: "Sí, claro. Dígame qué necesita". Me preguntó: "¿A qué hora podemos hablar?". Y yo le respondí que a eso de las tres de la tarde. Cuando llegué a la casa me interrogó: "¿Usted qué va a hacer? ¿Va a seguir en esa joda o qué va hacer?".

A mí en ese momento se me vinieron muchos pensamientos a la cabeza. Yo ya tenía un propósito, yo ya me había trazado unas metas. Me había encariñado además con el grupo, les había tomado mucho cariño a las mujeres, a sus historias, a sus vidas, a lo que les había tocado vivir. Entonces recordé la importancia del trabajo que hacíamos.

A esas mujeres les hacía falta alguien que les inculcara que así no es, que por ese lado no es, porque muchas de ellas eran, o son todavía, golpeadas, maltratadas e incluso violadas por los mismos maridos que llegan borrachos y hacen y deshacen. Tienen además muchos problemas con los niños, la mayoría de ellas cría a sus nietos. Trabajan y los maridos les quitan la plata, se la gastan en los bares. Todo lo que hacen se los quitan, no les dan para el gasto.

Empecé a comentarles a las mujeres que yo de pronto iba a tener que salirme, pero ellas no me dejaron. "¿Cómo se va a salir, Patricia? Usted se va ¿y entonces quién queda aquí? Nosotras ninguna somos capaz de eso, yo no sé hablar como usted, somos muy penosas". Entonces yo llegaba a la casa y mi marido, en lugar de preguntarme si yo estaba amañada en la



asociación o por qué era que me gustaba tanto participar, me decía que me saliera de eso, me hablaba por las malas.

Me dijo que escogiera: que si la asociación o él. Y yo opté por el proceso con las mujeres. Le dije que no, que no iba a dejar la asociación, y que decidiera él qué quería hacer. Al otro día se fue y nunca regresó a vivir a la casa con nosotros.

Cuando eso pasó, mi vida familiar empezó a desestructurarse. Mis hijos permanecían mucho tiempo solos, se la pasaban en la calle, yo ya no tenía tiempo porque siempre estaba de acá para allá. Para entonces mi hija mayor empezó que iba a salir a bailar, a irse de fiesta con unos amigos, y yo sabía que ellos eran una mala influencia para ella. Por eso fue que tuve que tomar la decisión de sacarla a ella y a su hermana del pueblo, para evitar que fueran engañadas y terminaran en las filas de algún grupo armado.

Imagínese: yo liderando procesos en un lado y poniéndoles en bandeja de plata a mis propias hijas a los grupos. Y es que esa es una situación que ocurre mucho en esta región. Algunos muchachos y algunas muchachas se van a los grupos porque quieren, porque creen que así pueden cambiar las cosas o hasta porque tienen familia en la guerrilla. Pero para otros es la única opción de vida que les queda, y como allá les ofrecen un arma, por ahí unos pesos, o sea que les dan poder, pues entonces se amañan y quieren invitar a los amigos a que hagan lo mismo.

Entonces el trabajo de liderazgo de nosotras las mujeres es de puro corazón. Nos toca hacerles frente a muchas circunstancias,



y yo creo que a los hombres que ejercen este tipo de actividades de liderazgo no les toca igual de duro que a nosotras. Uno siente como que tiene todos los ojos encima. Muchas veces me he visto entre la espada y la pared, como aquella vez que mi pareja me puso a escoger entre él y la asociación de mujeres².

Y aquí a muchas nos toca lidiar, además, con la sospecha que les generamos a los grupos guerrilleros que hacen presencia en la región. Nuestros liderazgos se han visto muchas veces amenazados por sus acciones. Si uno dialoga y les exige a las instituciones del Gobierno que nos restablezcan nuestros derechos, eso es visto como una cosa mala, como un peligro; a veces hasta hay que pedir permiso para que entren a capacitarnos algunas instituciones.

² Véase el capítulo *Persistencias, reconfiguraciones y disputas* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las iniciativas y procesos colectivos que tienen lugar en la región a favor de la vida, la dignidad y la reconciliación.

Entonces el trabajo de liderazgo de nosotras las mujeres es de puro corazón. Nos toca hacerles frente a muchas circunstancias, y yo creo que a los hombres que ejercen este tipo de actividades de liderazgo no les toca igual de duro que a nosotras. Muchas veces me he visto entre la espada y la pared, como aquella vez que mi pareja me puso a escoger entre él y la asociación de mujeres.





Asociación de Mujeres del Catatumbo

00-38

♡
Mujeres
del
Catatumbo

Por eso me ha tocado hasta conversar con los grupos para explicarles que este es un proyecto de nosotras las mujeres, y que no tenemos ningún interés en inmiscuirnos en las situaciones de conflicto, que tanto daño nos han generado. Aquí a muchas mujeres líderes, y también a hombres que ejercen algún liderazgo, les han llegado amenazas de muchos lados, e infortunadamente, a muchos les ha tocado bajar el perfil porque a veces se siente mucho el miedo, la zozobra.

Entonces ahí vamos, poquito a poco, trabajando con las mujeres y trabajando para nosotras mismas. Siempre serán más las satisfacciones que las penas. Cuando veo que las mujeres que hacen parte de este proceso poco a poco se están poniendo de pie y alzando su voz, me lleno de un orgullo muy grande. Ahí es donde me convengo de que vale la pena. Y entonces me alisto y salgo corriendo para la asociación, a continuar construyendo este proceso.





CATATUMBO
MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD



Estos dolores que nos hacen fuertes. Voces y memorias de mujeres del Catatumbo es un conjunto de historias contadas en primera persona acerca de la vida, dolores y resistencias de mujeres catatumberas, que busca honrar y dignificar las diversas apuestas que ellas han tejido para vivir con dignidad en medio de la precariedad, la violencia y la zozobra.

Los relatos describen las agresiones vividas por ellas en el marco del conflicto armado, y las cotidianas, es decir, las que se viven en los hogares, que han sido tantas veces invisibilizadas y que facilitan, justifican y profundizan las violencias ejercidas por los actores armados. Estas narraciones también evidencian que, pese al contexto de violencia y dolor, las mujeres del Catatumbo han seguido adelante con sus vidas de manera decorosa y se han convertido, en no pocos casos, en la fuerza que apalanca la reconstrucción de sus familias y comunidades.

CATATUMBO

MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

ISBN: 978-958-5500-31-0